

esperar mas que amor y bondades, y uno y otras en proporciones tanto mayores cuanto menos tardaran en seguir los dos consejos que allí se les daban cuando les decian el emperador Alejandro: ¡Desprendeos del emperador! y el príncipe Schwarzenberg: ¡Enarbolad la bandera de los Borbones! Así exclamaba el representante del emperador Francisco, cuya hija se llamaba emperatriz de los franceses y acababa de desempeñar la regencia del imperio.

La impresion que estos dos manifiestos produjeron fué decisiva para la causa de los realistas. Durante la noche del 30 de marzo una asamblea de nobles realistas resolvió apro-

vechar la entrada de los aliados para hacer una manifestacion decisiva. El punto de reunion para ello fué la plaza de Luis XV; los primeros que el dia 31 se presentaron á caballo en distintos puntos de la ciudad ostentando la escarapela blanca, fueron muy mal recibidos. Uno de ellos estuvo á punto de ser despedazado por las masas populares que llenaban la plaza de la Grève y que gritaban desahoradamente: ¡Viva Bonaparte! ¡viva el emperador! cuando aparecieron en las esquinas de las calles del Boulevard y de la plaza de Luis XV los dos manifiestos de que acabamos de dar cuenta. Entonces se produjo un cambio completo.



Chateaubriand

Del cuadro de Girodet-Triosson (1767-1824)

Apenas uno de los caballeros, un tal señor de Bauvineux, hubo leído la proclama de Schwarzenberg, gritó agitando el sombrero: «¡Viva el rey!» grito que dió al mismo tiempo Leon de Levis y que repitieron en la calle de Bac Carlos de Crisnoye, en la plaza de Vendome dos señores de Nieuwekerke, en el boulevard de los Italianos el conde Laurice y en la puerta de Saint-Denis el señor de Maistre. Inmediatamente se presentaron en la plaza de Luis XV los condes Teobaldo de Montmorency, Gustavo de Hautefort, César de Choiseul y el caballero Barrez du Theil; el conde de Montmorency ató un pañuelo blanco á su baston y excitó á los parisienses á que siguieran esta bandera. «¡Sigamos á Montmorency! — exclamó el marqués de Roure, — no podemos agruparnos en torno de mas noble bandera.» Este fué el primer grupo de caballeros realistas que fué engrosándose con otros doce personajes cuyos nombres nos han sido tambien conservados. Formáronse, además, otros dos grupos compuestos el uno de doce y el otro de diez y ocho caballeros, de cada uno de los

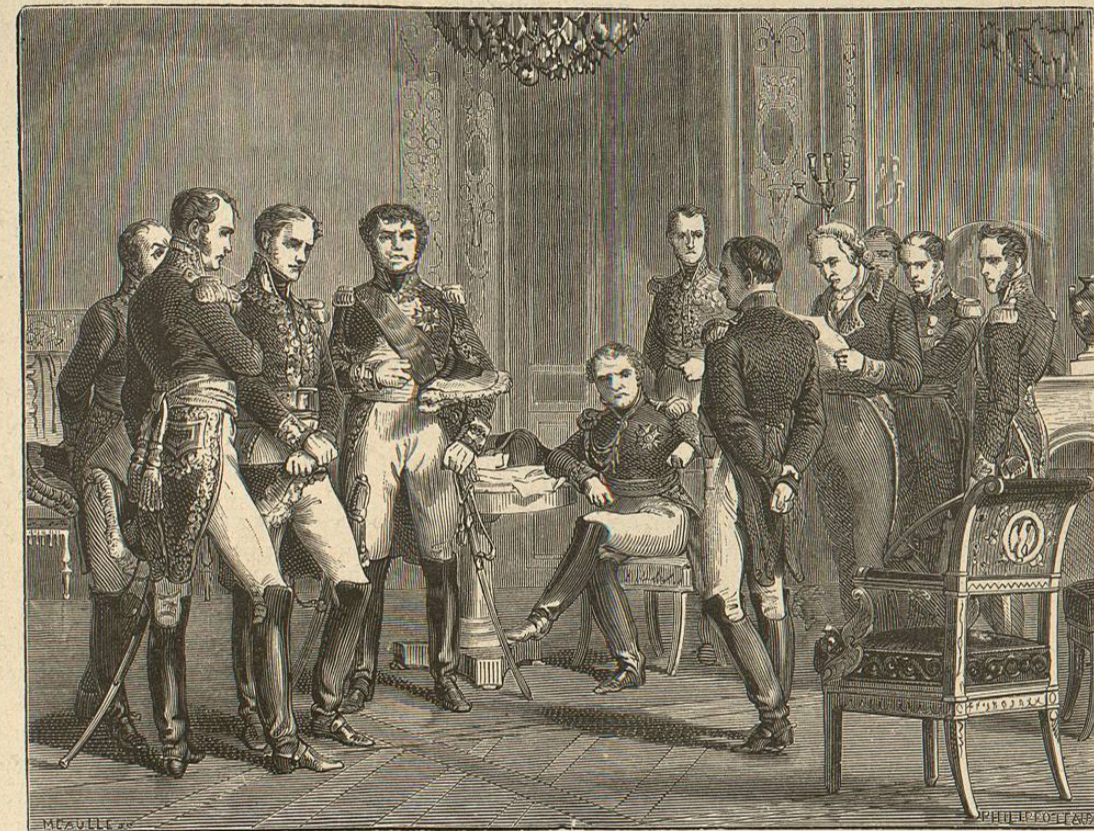
cuales sabemos asimismo el nombre (1). Todos ellos recorrian á caballo y sin descanso los boulevares, agitando los sombreros y los pañuelos, gritando: ¡Viva el rey! repartiendo escarapelas blancas y arengando al pueblo, que se mantuvo quieto hasta que la guardia nacional, restablecida por Napoleon poco antes de su partida de Paris, se presentó para mantener el orden, y algunos grupos de esta fuerza mandados por realistas prorrumpieron tambien en aclamaciones de: ¡Viva el rey! Entonces pareció iniciarse un movimiento general, pero la manifestacion, aun entonces, era de tal naturaleza, que con los dedos podian contarse los que la habian iniciado y los que en ella tomaban parte. No hubo, pues, una conmocion violenta de un profundo sentimiento popular, ni una explosion involuntaria de sentimientos de las masas durante mucho tiempo contenidos, pero era realmente un hecho im-

(1) Relacion de un testigo presencial en la: *Histoire des campagnes de 1814-1815*, de Beauchamp, Paris, 1816, tomo II, págs. 1-264.

portante el de que desde la aparicion de los dos carteles no se oyó mas que el grito de: ¡Viva el rey! habiendo cesado por completo los de: ¡Viva el emperador! En medio de la apiñada muchedumbre que ansiosa recorria los boulevares el puñado de realistas parecia insignificante, pero por roncós y apagados que fueran sus gritos, lo que gritaban indicaba un programa que no solo contaba con el aplauso de los aliados, lo cual ya era mucho, sino tambien con la imposibilidad de un contra-programa, lo cual era aun mucho mas.

Al mediodía, los monarcas, acompañados de sus guardias, penetraron en los boulevares por la puerta de Saint-Denis y recorriéndolos en todo su trayecto se encaminaron hácia el Oeste en direccion á los Campos Elíseos.

Detrás de los músicos, que al son de trompetas abrian la comitiva, iba un numeroso contingente de caballería que marchaba á quince caballos de frente, y seguia luego el emperador Alejandro acompañado de un brillante Estado Mayor, llevando á la izquierda á Federico Guillermo y á la derecha al príncipe Schwarzenberg como representante del emperador Francisco, que con el cuartel general diplomático se habia quedado en Dijon. Inmediatamente despues iban los guardias rusos y prusianos, hombres todos de tan arrogante figura, tan bien vestidos y armados, y de paso y apostura tan marciales que los ojos mas acostumbrados á los espectáculos militares quedaban fascinados al verlos (1). Los parisienses estaban perplejos: aquellos hombres que veian



Lectura, en presencia de Napoleon, de una carta de Beurnonville á Macdonald.

tan arrogantes, marchando en columnas interminables, eran los mismos que segun los boletines del emperador habian sido un día y otro día «aniquilados.» «¡Cómo nos han engañado!» decíanse los unos á los otros.

Para poder tener un distintivo comun en medio de aquella diversidad de uniformes, todos los que formaban parte de los ejércitos aliados llevaban una cinta blanca en el brazo izquierdo; pero los que los veían pasar, que ignoraban la razon puramente casual de este distintivo, solo vieron que los rusos y los prusianos ostentaban el mismo color que los realistas. Los caballeros realistas, por su parte, al llegar la comitiva al teatro de los Italianos se colocaron en el sitio de los aliados, como si tambien ellos figurasen entre los conquistadores de Paris. Otros grupos de realistas cabalgaban á la derecha y á la izquierda de los pelotones cuyo centro era el emperador Alejandro, gritando incesantemente, mientras agitaban sombreros y pañuelos: «¡Viva Alejandro! ¡viva Federico Guillermo! ¡viva Luis XVIII! ¡vivan los Borbones! ¡viva el rey!» Estos últimos gritos resonaron tan incesantes, tan atronadores y tan continuados á los oídos del emperador de

Rusia durante todo el camino que necesariamente hubo de creer lo que despues dijo á Talleyrand: «Parece que realmente la Francia aclama á los Borbones (2).» En la plaza de Luis XV habíase situado el núcleo de la milicia realista con todas las damas del faubourg Saint-Germain para ensordecer al emperador Alejandro con aclamaciones en parte á él y en parte á los Borbones dirigidas. En el palacio que Talleyrand poseía en la calle de Saint-Florentin celebró el em-

(1) Cuando el general Carlos Stewart, en 13 de enero de 1814, vió pasar estos guardias por el puente del Rhin, en Basilea, escribió profundamente emocionado: «Los guardias rusos y prusianos y las reservas en número de 30,000 hombres han cruzado el Rhin ayer por aquí y desfilado ante los monarcas aliados. Es imposible describir ni dar una idea exacta de estas tropas, de su aspecto marcial, su admirable equipo y su perfeccion militar; y cuando se considera todo lo que han sufrido y se contempla á los rusos que han atravesado sus regiones y venido en pocos meses desde Moscou para atravesar el Rhin, el ánimo se llena de admiracion. La condicion en que se muestra la caballería rusa, confirma la alta reputacion de que goza este ramo del servicio militar en Rusia; su artillería es tambien superior.» Memoria fechada en Basilea, en 14 de enero de 1814.

(2) Vaulabelle, tomo I, pág. 282.

perador, en la noche del 31 de marzo, una entrevista íntima que decidió del porvenir de Francia en el sentido de las impresiones por él recibidas.

Asistieron á esta conferencia ocho personas, á saber: el emperador, el rey Federico de Prusia, el príncipe Schwarzenberg, el príncipe Lichtenstein, el príncipe Talleyrand, el duque de Dalberg, el conde Nesselrode y el general corso Pozzo di Borgo. El emperador Alejandro llevó la palabra, planteó las cuestiones y dirigió la discusión. Por unanimidad se rechazó la idea de entrar en negociaciones con Napoleón, con lo cual quedó roto el cetro del Imperio: no menos unánimemente quedó desechada la regencia de la emperatriz, á pesar del discurso que en su favor pronunció el duque de Dalberg. Pero cuando el príncipe Talleyrand usó de la palabra para recomendar á los Borbones, el príncipe Lichtenstein negó que Francia deseara la vuelta de éstos, diciendo que en ningún camino, en ninguna aldea, en ninguna ciudad de cuantas habían recorrido los aliados habían visto manifestación alguna de tales deseos, y antes al contrario la población se mostraba hostil á aquellos príncipes y en cambio todos los soldados, así los veteranos como los bisonos, obedecían ciegamente al emperador y eran incondicionalmente adictos á la causa imperial. El emperador Alejandro confirmó estas manifestaciones, recordando especialmente la batalla de La Fère-Champenoise, en la cual gentes reclutadas pocos días antes, labradores que acababan de abandonar el arado, se habían dejado matar gritando: ¡Viva el emperador! cuando continuamente se les ofrecía gracia. Talleyrand persistió en su proposición. «No creo haberme equivocado, — dijo al czar, — y en caso de que así fuera, de mi error participarían todos aquellos que mejor conocen á Francia y el estado de la opinión pública.» Como testigos de ello hizo entrar en el salón á sus amigos De Pradt, arzobispo de Malinas, y al barón Louis, á quienes había dejado á prevención en la habitación contigua. Preguntados por Alejandro, contestó De Pradt: «Todos somos realistas; toda la Francia es realista.» «Sí, — añadió Louis, — toda la Francia es realista y rechaza á Bonaparte, de quien no quiere oír hablar mas: este hombre no es sino un cadáver, solo que todavía no hiede (1).»

El czar, antes de dar por terminado el debate, dijo: «Sin embargo, no se han agotado todavía todas las soluciones posibles,» y entonces pronunció el nombre de Bernadotte, oyendo lo cual replicó Talleyrand: «No hay mas que dos soluciones posibles: Napoleón ó Luis XVIII. ¿A quién se nos podría proponer en lugar del emperador? ¿A un soldado? Ya no queremos ninguno: de desear uno, conservaríamos al que tenemos, que es el primer soldado del mundo y fuera del cual no se encontraría otro que de cien leguas le igualara. En una palabra, todo lo que no sea Napoleón ó Luis XVIII es divagar.»

«Perfectamente, — repuso el emperador, — queda decidido: no entraremos en negociaciones con Napoleón. Pero no somos nosotros, extranjeros, los que hemos de derribarle del trono, ni mucho menos podemos colocar en él á los Borbones. ¿Quién se encargará de lo uno y de lo otro?»

«Los cuerpos constituidos, señor, — contestó Talleyrand despues de una pausa. — Yo me encargo de conseguir la cooperacion del Senado.»

¡El Senado, como sepulturero del déspota á quien debía cuantos honores y riquezas poseía y que en punto á dignidad y á propia consideracion había perdido lo que no puede perder la primera corporacion de un país sin avergonzarse de sí misma! ¿Cómo podía prometer Talleyrand inducir á esta

(1) Segun De Pradt: *Récit historique*. Véase Vaulabelle, tomo I, página 286; Lubis, tomo I, pág. 168.

asamblea, compuesta de los hombres rastreros mas despreciados y despreciables que en cualquier rincón de Francia pudieran verse juntos, cómo podía inducirlos, decimos, á realizar un hecho en contradicción flagrante con todo su pasado? Únicamente por el camino que siguió, perfectamente preparado, cuando hizo firmar al emperador Alejandro una declaración en virtud de la cual se confiaba solemnemente al Senado, en nombre de los aliados, la misión de atender, bajo la protección de los ejércitos vencedores, á lo que convenia á la Francia, á la paz y á sí mismo, despues de haber los aliados declarado proscritos, como rebeldes, á Napoleón y á todos sus sectarios.

Esta declaración, redactada por Talleyrand, decia: «Los ejércitos de las potencias aliadas han ocupado la capital. Los soberanos aliados acceden al deseo de la nacion francesa y declaran: que si las condiciones de paz han de exigir mas sólidas garantías cuando se trata de encadenar la ambición de Bonaparte, pueden ser mas favorables en el caso de que Francia, restableciendo un gobierno prudente, ofrezca por sí misma seguridades de tranquila conducta. Declaran, en su consecuencia, los soberanos:

»Que no tratarán mas con Napoleón Bonaparte ni con ningún miembro de su familia;

»Que respetarán íntegro el estado de la antigua Francia tal como era en tiempo de sus reyes legítimos;

»Que reconocerán y garantizarán la Constitución que á sí misma se dé la nacion francesa.

»Por todo ello invitan al Senado á que designe un gobierno provisional que cuide de las necesidades administrativas y pueda preparar la Constitución mas conveniente para el pueblo francés.»

Talleyrand, al detenerse en las palabras «que no tratarán mas con Napoleón Bonaparte,» observó que en ellas no se incluía á su familia; y al decir esto miró ansioso al emperador Alejandro, el cual á su vez fijó su vista en el rey de Prusia y en el príncipe Schwarzenberg, y viendo que los dos guardaban silencio, dijo: «Bien, añadid: ni con ningún individuo de su familia.»

En el párrafo siguiente añadió Alejandro de su puño y letra estas palabras: «Los soberanos pueden hacer mas, porque siempre confesarán que para la salud de Europa es preciso que la Francia sea grande y fuerte (2).»

Esta declaración, firmada por Alejandro y refrendada por su ministro el conde Nesselrode, fué entregada inmediatamente á los hermanos Michaud, impresores, á quienes Talleyrand tenia preparados en una habitación contigua, y antes de una hora quedaba fijo en todas las esquinas de París la sentencia condenatoria de Napoleón Bonaparte.

Los realistas habían conseguido su primer gran triunfo, por mas que expresamente no se hiciera mención del nombre de los Borbones. Cuando en la tarde del 31 el señor de Morfontaine celebró en su casa una reunion de realistas, notóse ya en ella el primer síntoma de un cambio decisivo. Así como en los boulevares apenas se habían visto cuarenta ó cincuenta realistas, que se daban á conocer por sus aclamaciones, por sus gestos y por su color, en aquella asamblea se reunieron ya de quinientos á seiscientos, cada uno de los cuales era un héroe ó un mártir de la santa causa y así procuraba hacerlo creer con arrebatadora elocuencia. En medio de un estrépito ensordecedor logró Sosthènes de Laroche-foucauld hacer oír la proposición pidiendo que se nombrara una comisión que se avistara con el emperador Alejandro y procurara recabar de él el llamamiento del rey Luis XVIII. Esta comisión fué recibida aquella misma noche por el conde

(2) Vaulabelle, tomo I, págs. 288-289. Lubis, tomo I, págs. 172-173.

Nesselrode, pues el emperador se había ya retirado á descansar, el cual la despidió en los siguientes términos: «Acabo de ver al emperador y respondo de sus intenciones. Volved á donde os esperan vuestros amigos y decid á todos los franceses que S. I. M., emocionado por las aclamaciones que le habeis dirigido y por los deseos que tan vivamente le han sido hoy expresados, dará la corona á aquel á quien por derecho pertenece. Luis XVIII volverá al trono de Francia (1).»

Aquella misma noche ocurrió un suceso que, sin producir ningún ruido, había de ser mas decisivo que todo cuanto había pasado en la calle y en aquella tumultuaria asamblea.

El general barón Sacken, que había sido nombrado gobernador militar de París, recibió, poco despues de su nombramiento, la visita de un titulado marqués de Lagrange, que se le presentó con la escarapela blanca en el sombrero y le hizo la presentación de otro realista, un tal Morin, que llevaba también la escarapela blanca, recomendándose para una misión importante. El general firmó acto seguido una orden que decia: «Todos los periódicos que se publican en París quedan desde este momento sometidos á la policía del señor Morin, el cual no permitirá que se imprima nada sin que haya sido presentado y sometido previamente á mi aprobación. Todos los agentes y autoridades obedecerán las órdenes de este señor Morin en cuanto se relacione con esta materia de policía y de imprenta. — Firmado: Sacken. — París, 31 de marzo de 1814.»

Esta orden significaba: ¡La prensa del emperador ha muerto! ¡viva la prensa del rey! Morin nombró tres nuevos censores para el *Journal des Debats*, el *Journal de Paris* y la *Gazette de France*, y les ordenó que mandaran insertar en ellos que los aliados habían sido recibidos á los gritos de: ¡Viva el rey! ¡vivan los Borbones! dados por millares de personas (2). Esta orden fué cumplida aun mas allá de lo que esperaban los mismos que la habían dado. El día 30 de marzo la prensa diaria de París todavía no hablaba mas que de incondicional adhesión al emperador y á su familia; el día 31 había guardado silencio y el día 1.º de abril descargaba ya tremendos golpes sobre «el tirano», sobre «el usurpador;» lanzaba contra él el anatema de Francia y de Europa; copiaba los párrafos mas mortíferos del mortífero folleto de Chateaubriand, que acababa de publicarse, y ensalzaba ante la nación á los Borbones, durante tanto tiempo abandonados y olvidados, presentándolos como garantía de todos los codiciados bienes de la paz y de la libertad, beneficios que Napoleón se negaba á proporcionar á la nación, cometiendo con ello el mas evidente é imperdonable de los crímenes.

En la mañana del 1.º de abril dejó oír su voz, en el mismo tono que esta prensa, el Consejo municipal de París, cuyo segundo presidente, un conocido abogado llamado Bellart, presentó en una sesión extraordinaria de dicho Consejo, á la que asistieron 13 de sus 24 miembros, un proyecto de manifiesto que éstos firmaron y cuyos principales párrafos decían: «Habitantes de París: Vuestros administradores serian unos traidores á vosotros y á la patria si por miserables consideraciones personales sofocaran por mas tiempo la voz de la conciencia que os dice que todos los males que sufrís son debidos á un solo hombre. El es quien diezma vuestras familias. ¿Quién de nosotros no ha perdido un hijo, un hermano, parientes, amigos? ¿Por quién han muerto estos valientes? Solo por él, no por el país. ¿Por qué? Todos ellos han sido inmolados, sacrificados únicamente al insensato deseo de dejar atrás á los mas terribles opresores que hayan podido pesar sobre la humanidad. El es quien en vez de los

(1) Lubis, tomo I, pág. 469.

(2) Lubis, tomo I, págs. 469-470.

400 millones que pagaba Francia en tiempo de nuestros buenos antiguos reyes para ser libre y vivir feliz y tranquila, nos ha impuesto 1,500 millones en contribuciones y amenaza todavía con crear otras nuevas. El es quien nos ha cerrado los mares de ambos mundos, quien ha secado todas las fuentes de la industria nacional, quien ha robado á los labradores sus campos, sus fábricas á los obreros. A él debemos el odio que todos los pueblos nos profesan. — No hay entre nosotros uno solo que en lo mas íntimo de su corazón no le desprecie como enemigo universal, que confidencialmente no exprese el deseo de ver el término de tantas crueldades sin objeto. Seríamos infieles á la causa pública si vaciláramos en manifestar este deseo de nuestros corazones; la Europa armada así lo exige y lo pide como un beneficio para la humanidad, como garantía de una paz general y duradera. En su consecuencia, el Consejo general del departamento del Sena, Consejo municipal de París, espontáneamente reunido y con aprobación unánime de todos sus miembros presentes, declara que niega formalmente toda obediencia á Napoleón Bonaparte; expresa el deseo ferviente de que se restablezca el gobierno monárquico en la persona de Luis XVIII y de sus legítimos descendientes, y termina decretando que esta declaración, así como el llamamiento que de ella se deriva, sea impresa, extendida y fijada en las calles de París, notificada á todas las autoridades en París y en el departamento existentes y enviada á todos los Consejos generales de los departamentos (3).»

El Senado, convocado por Talleyrand el mismo día 1.º de abril para una sesión extraordinaria, no podía dar tan precipitadamente un paso que le atara para siempre las manos y destruyera el puente que pudiera servirle para el caso de una retirada; así es que, antes de quemar las naves, estudió los derechos y los intereses que debían conservarse intactos en todas las circunstancias del cambio de gobierno que se preparaba, derechos é intereses que en primer lugar eran los del Senado mismo, los cuales no podían perder, antes bien debían ganar en extensión y en seguridad. A ellos se atendía por medio del siguiente acuerdo: «El Senado y el Cuerpo legislativo forman una parte integrante indispensable de la futura Constitución, salvas las modificaciones que sea necesario introducir para asegurar la libertad del sufragio y de la manifestación de las opiniones, es decir: ambos cuerpos han de subsistir como en tiempo del imperio, pero sin el estorbo del emperador.

Luego se tomaban en consideración los derechos é intereses del ejército, de los acreedores del Estado y de los compradores de bienes nacionales, á los cuales se atendía por medio de los siguientes acuerdos: «El ejército, los oficiales, los soldados licenciados y las viudas conservarán sus grados, distinciones y pensiones; no se tocará para nada á la deuda del Estado; las ventas de bienes nacionales serán válidas sin apelación alguna.» La Revolución y el Imperio habían hecho su legado dejando un nuevo ejército y una nueva organización social. Si la Restauración no quería degenerar en la mas terrorífica de las revoluciones, era preciso que asegurara á la nueva aristocracia del mérito y del dinero los puestos que ocupaba al frente del ejército, los bienes nacionales con que se había enriquecido, los ahorros que había empleado en rentas del Estado. Lo demás que se decia respecto de la impunidad por opiniones políticas, de libertad de cultos, de conciencia y de imprenta, no pasaba de ser vana palabrería en la que no creía ni el mismo Senado y tenía tanta importancia como el gobierno provisional al cual derribaba. Los cuatro hombres que el Senado dió por compañeros á

(3) Lubis, tomo I, págs. 179-182.